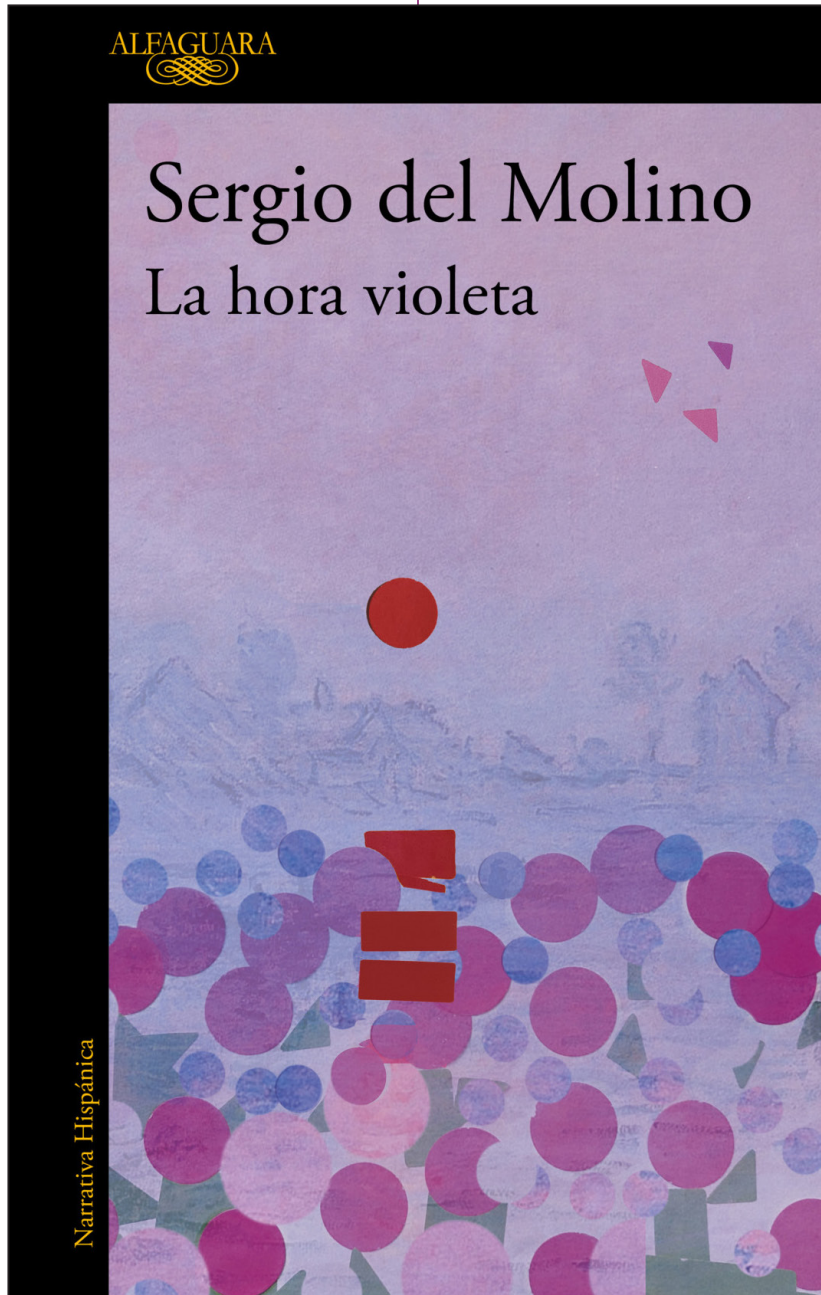




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

«Este libro es un diccionario de una sola entrada, la búsqueda de una palabra que no existe en mi idioma: la que nombra a los padres que han visto morir a sus hijos.

Los hijos que se quedan sin padres son huérfanos, y los cónyuges que cierran los ojos del cadáver de su pareja son viudos. Pero los padres que firmamos los papeles de los funerales de nuestros hijos no tenemos nombre ni estado civil.

Somos padres por siempre».

Existe la orfandad y existe la viudez pero cuando un padre o una madre ven morir a su hijo no hay una palabra ni un estado civil que defina su condición. Continúan siendo padres de un hijo fantasma para el cual el tiempo ya no transcurre, y la ausencia de un término específico vuelve a la pérdida una experiencia inconcebible que condena a vivir en lo que Sergio del Molino denomina la hora violeta, un lugar de paso y espera que se abre cuando a su hijo Pablo, de diez meses, le diagnostican una leucemia rara y agresiva que provoca su muerte un año más tarde.

Buscando las palabras necesarias para nombrar lo acontecido, el escritor emprende el relato de su hora violeta: el año comprendido entre el momento del primer ingreso hospitalario de Pablo y las semanas que siguen a su muerte. Mirado en retrospectiva, un parto con algunas

complicaciones es, para el padre debutante que espera en el pasillo, la primera manifestación de un estado de inquietud o una nueva forma de temor que, junto con el amor, comporta la paternidad. Diez meses después, sin embargo, ese temor parece insignificante, apenas un tenue rumor de fondo al que en un momento u otro todos los padres se exponen, al lado del miedo visceral que se desata en él al entrar en un despacho médico tras haberle practicado a Pablo una absorción de médula que arroja un diagnóstico de leucemia para el que no hay forma de estar preparado. Con sus síntomas, sus cifras y su pronóstico reservado, la enfermedad es un punto de inflexión en la vida de una familia que recién comienza a serlo, y también, una fuerza que los aparta del mundo. Tan pronto ingresan a Pablo en el ala de oncopedi-

tría del hospital, un lugar que se rige por protocolos propios en un intento de revestir de humanidad una realidad aséptica y estremecedora, el día a día de él y sus padres comienza a transcurrir entre el trasiego de batas blancas, niños calvos y adultos que sostienen como pueden su angustia. Esta dimensión extraña es el escenario de las pruebas y los tratamientos, de la impotencia y la frustración, de las noches en vela y las rutinas de turnos que impone Cris, la madre, para preservar la cordura en medio del caos; y del aterrador protocolo verde que se impone con la bajada de defensas como consecuencia de la medicación cuando, como dice el refranero, el remedio parece ser peor aún que la enfermedad. Pero entre ingresos y altas temporales, las semanas y los meses en el hospital son también tiempo de risas que se abren paso en medio del dolor, de juegos, besos, gestos de ternura y canciones que un padre intenta transmitirle a su hijo; de momentos banales que se atesoran en la memoria e hilos de esperanza a los que aferrarse mientras se fantasea con un futuro de columpios y

paseos en el parque donde la leucemia quede reducida a un mal recuerdo o, como mucho, una visita esporádica al oncopediatra.

Después de varios ciclos de quimioterapia, un trasplante de médula y de agotar, una a una, las opciones de cura para un cáncer que confirma su excepcional agresividad, poco antes de que Pablo cumpla dos años sus padres arrojan sus cenizas. A la muerte le sigue el duelo y una operación de supervivencia que consiste en partir y poner tierra de por medio con los lugares que contienen el recuerdo del hijo, empezando por una casa en la que, como una metáfora de la desgracia acontecida, los electrodomésticos dejan de funcionar. Para el padre, no obstante, volver a la vida normal es un desafío insalvable luego de un año regido exclusivamente por la evolución clínica de Pablo. Suspendido en la hora violeta que debería ser zona de tránsito y se convierte en un modo de habitar el mundo, lo que queda es escribir para invocar la memoria del hijo y contar una pena que necesita ser nombrada.

## CLAVES DE LA NOVELA

A diez años de su primera publicación, *La hora violeta* continúa siendo una obra ineludible a la hora de hablar de ese extenso campo denominado literatura del yo y su subgénero más temido, la literatura del duelo. Testimonio de la enfermedad, del luto y del amor de un padre por su hijo, y ganador de los premios Tigre Juan y Ojo Crítico de Narrativa, el libro de Sergio del Molino ha trascendido, durante una década de recorrido, su valor estrictamente literario para convertirse en una obra que ha inspirado cambios en el sistema sanitario y la manera de acompañar a los pacientes de oncopediatria y sus familias. En el registro íntimo y honesto de una realidad que relegada al lugar del tabú necesita visibilizarse está, sin duda, una de

las claves del alcance social de un relato autobiográfico cuya influencia supera a la de *La España vacía*, ensayo emblemático de Del Molino, tal y como él mismo explica en el epílogo de esta edición revisada. A modo de conclusión, en este texto que se incorpora por primera vez en el libro, el autor amplía su reflexión en torno a la relación entre la literatura y el duelo, a la par que revisita su escritura y, desde la perspectiva que da el paso del tiempo, la génesis y trayectoria de una obra que ocupa un lugar singular dentro de su producción.

Desde referirse a su hijo siempre por su nombre, desdeñando los apelativos genéricos, hasta narrar los pormenores de la enfermedad y su tratamiento exponiendo datos clínicos y toda la dureza

del caso, Del Molino escribe contra los eufemismos, las metáforas y los lugares comunes que edulcoran, deshumanizan y vacían de sentido una experiencia que, para ser aprehendida, exige ser nombrada en toda su intensidad y singularidad. Si como señala Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas*, uno de los cimientos literarios de *La hora violeta*, las enfermedades de orígenes oscuros y tratamiento ineficaz tienden a hundirse en significados, Sergio del Molino emprende un ejercicio de escritura tenaz donde la expresión del dolor no se estiliza y, palabra a palabra, se transgrede una red de metáforas de raigambre bélica que, por un lado, está puesta al servicio de tomar distancia y atenuar el discurso del cáncer, y por el otro, responsabiliza al individuo, aunque sea un niño pequeño, de su malestar y su cura. A lo largo de una obra que traza un arco de la enfermedad al duelo, el escritor, a su vez, esquivo delicadamente las notas melodramáticas y la exposición obscena de la pena, dejando que el momento de la muerte de Pablo, punto alrededor del cual orbita su relato, devenga una elipsis narrativa. Bajo la influencia de Thomas Mann, cuyas novelas más célebres se articulan en torno a la enfermedad, Del Molino encuentra el tono para narrar no solo la leucemia de su hijo, sino también una dimensión espacio-temporal anómala en la que el ala de oncopediatria del hospital representa, como el sanatorio para tuberculosos, una forma de estar fuera del mundo.

Escrita desde la hora violeta, una expresión tomada de un verso de T.S. Eliot,

que en el caso de un padre que ha perdido a su hijo no es espera de nada, la obra de Sergio del Molino entronca, al mismo tiempo, con voces que han ahondado en el duelo, como Francisco Umbral y Joan Didion. *La hora violeta*, sin embargo, es un libro que nace de la pena pero también de un afecto que matiza el relato descarnado del proceso de la enfermedad con escenas de una ternura cotidiana y al mismo tiempo extraordinaria, juegos infantiles, anécdotas triviales que nutren la memoria y digresiones que poco a poco revelan su sentido profundo. Cobra forma así una suerte de carta dirigida a Pablo que habla del amor, de la intimidad que se dibuja entre un padre y su hijo, de la compañía y el vacío que deja.

En los mapas medievales, cuenta el escritor, la expresión «a partir de aquí, monstruos» señalaba el límite con la *terra incognita*, esa región que entrañaba para los navegantes el peor de los peligros: lo desconocido. Esta frase, que se convierte en la manera de designar las fases más críticas e inciertas de la enfermedad de Pablo, podría indicar también ese lugar al que el diccionario no llega, relegando una experiencia humana más allá de las fronteras del habla, a la oscura dimensión de lo innombrable. Pero allí donde el léxico no brinda un término preciso y deja a unos padres que han perdido a su hijo desprovistos de una condición que los define, la literatura insiste en explorar las posibilidades de nombrar aquello que parece inconcebible, revelándose como un modo de conjurar el olvido y aprender a convivir con una pena que no cesa, tan solo se domestica.

## LOS PERSONAJES

### EL NARRADOR

La pérdida de su hijo Pablo a causa de una leucemia lleva al escritor y periodista Sergio del Molino a escribir el testimonio del año que, como padre, convive con la enfermedad y se entrega a un duelo para el que no hay consuelo posible. Él, que se había proyectado a sí mismo como un padre corriente y un escritor dado al humor y la frivolidad, se convierte de pronto en protagonista de una tragedia que exige ser contada de manera descarnada. Inspirado por *Mortal y rosa*, de Francisco Umbral, una de sus lecturas de juventud, transita el duelo escribiendo para, por un lado, adentrarse en una pena que invoca al hijo ausente y es su reflejo; y por el otro, para librarse de metáforas y lugares comunes, y buscar el modo de nombrar una realidad, la suya, a la que no se le han asignado palabras. En su relato cabe el miedo, la frustración y la culpa e impotencia de un padre que no consigue salvar a su hijo, pero también, la vivencia de la paternidad a través de los cuidados, las risas compartidas, el contacto y una intimidad hecha de dolor y amor a partes iguales.

«Quiero estar con mi hijo y con Cris y a la vez quiero fugarme. Me convenzo de que no quiero nada porque es imposible el deseo. Sólo existe la resignación. Sólo puedo sentarme a ver cómo nos hundimos.

Diez meses, ni siquiera un año de deslumbramiento. Sólo diez meses de paternidad normal y aburrida, equiparable a cualquier otra paternidad. Sólo he sido un padre arquetípico durante diez meses. Ahora estoy obligado a ser un padre trágico, a escribir con prosa inverosímil una historia de encierro y amor. Yo, que solamente aspiraba a escribir chistes. Yo, que tan frívolo y esnob quería sonar». (p. 23)



### PABLO

El hijo no es un niño, un crío o un hijo a secas; es Pablo o Cuque, el nombre íntimo que su padre pronuncia cuando están a solas. Llamar a su hijo por su nombre es para el escritor un modo de acercar su recuerdo y respetarlo, y no caer en generalidades que atenúen la pena y la ausencia, y lo sitúen entre las sombras de lo innumerable. Durante el año que dura una leucemia que avanza, retrocede y vuelve a empeorar, Pablo es el niño cubierto de cables y vías al que la fiebre y el dolor aíslan del mundo, pero a su vez, una criatura de risa contagiosa que sabe ganarse el cariño de las enfermeras, aprende a cantar el himno del Barça durante su estancia en un hospital de Barcelona o hunde, feliz, su dedo en una tarta el día de su primer cumpleaños, rodeado por sus padres, abuelos y tíos. Si Pablo hubiera sido un personaje literario, su padre lo habría salvado del cáncer, llevándolo lejos, a Júpiter o, quizá, a Saskatoon.

«Pablo, en su trona, centro del mundo. Como cualquier otro niño en su primer cumpleaños, no entiende por qué hay tanto tío y tanto abuelo a su alrededor, pero no se muestra tímido ni asfixiado. Le gusta el ambiente de jerga, después de tantas semanas de encierro y silencio hospitalario. Le encanta que la gente que lo rodea no lleve batas blancas y sólo tenga intención de besarle y de darle regalos. Sin pinchazos, sin goteros, sin pijamas de hospital. El calor de su casa y las risas de su familia. Algo así como la felicidad. Sonríe y se carcajea. Golpea la mesa, rompe el papel de los regalos, chilla de emoción. La tarta le intriga, hasta que su madre le enseña que puede meter el dedo en ella y chuparlo después. Le gusta. Está rica. La nata helada le provoca escalofríos. Su madre lo persigue por el pasillo con la cámara de vídeo y graba sus pasos atolondrados, apoyados en su regalo con ruedas. Libre y salvaje, sin cables que marquen fronteras. Toda la casa para él». (p. 86)

### CRIS

La madre de Pablo, al igual que el escritor, transita el año de la enfermedad entre las lágrimas, la impotencia y un hilo de esperanza cada vez más fino. En la pareja, ella es quien impone los turnos de cuidados en el hospital y una serie de rutinas destinadas a preservar, en la medida de lo posible, un cierto equilibrio amenazado por la angustia, la falta de sueño y un tiempo que no es más que un presente sin perspectivas claras de futuro. A ojos del escritor, es alguien a quien proteger, y al mismo tiempo, la guardiana poderosa que vela por la supervivencia de su pequeña familia.

«Cada vez que llego a la habitación y lo cojo de brazos de su madre, aspiro su aroma y sólo cuando me impregno de él reconozco en verdad a mi hijo. Necesito respirarte, Pablo, le digo. Vivimos un simulacro de paz hogareña. Los tres

en la habitación. Cris, Pablo, yo. En el silencio sincopado por el ruido de las bombas intravenosas, fundidos en un tedio que por momentos es agradable. Mi niño valiente, mi chica poderosa, mi familia indestructible. Pablo aferrado a su madre, como una escultura épica. No hay *terribilità* porque la morfina la ha relajado, pero sobra la determinación. Pablo sólo quiere sentir el cuerpo de su madre, ese cuerpo que no se desmorona, firme, enhiesto. Hay algo arcaico en los modales de Cris. Su decisión, su capacidad para improvisar, su sonrisa. Todo confluye en una maternidad arquetípica, en una actitud que va más allá de la madre coraje. Me recuerda a esas diosas etruscas de bronce. Es nuestra guardiana. Al custodiar a Pablo me custodia a mí también. Es el fuego de mi lar. Sin ella, Pablo y yo habríamos sucumbido hace tiempo al frío. Ambos estaríamos podridos y devorados por los buitres» (p. 105)

#### LOS MÉDICOS Y EL PERSONAL SANITARIO

A lo largo del año que dura la enfermedad, y entre ingresos hospitalarios y altas que duran pocos días, Pablo y sus padres son atendidos por un grupo de profesionales que se convierten en testigos, y en ocasiones en compañeros, de su dolor y los fugaces momentos de esperanza. En muchas de estas figuras, el escritor descubre una rara mezcla de firmeza y cercanía humana difícil de encontrar en otras áreas de la medicina, y en las páginas del libro hay un profundo agradecimiento para todas aquellas enfermeras y médicas que ayudan a sobrellevar los días de aislamiento más duro, en los que la habitación del hospital se convierte en un simulacro de hogar. No faltan, sin embargo, aquellos que ponen trabas y parecen haber olvidado que están tratando con personas expuestas al peor de los sufrimientos.

«Para nosotros, las enfermeras son imprescindibles. Compartimos tantas horas y nos han visto llorar tanto, que se ha levantado entre nosotros algo parecido a una amistad. En muchos sentidos, bastante más intenso que la más intensa de las amistades, y en otros, desesperadamente práctico y provisional. Hablamos, aprendemos de sus vidas y nos dan ánimos contándonos algún caso parecido al de Pablo que terminó bien [...] Omiten cuidadosamente todos los cadáveres que han visto, las hemorragias que no pudieron cortar, las sepsis que no respondieron a ningún antibiótico, los cuerpos que se tumbaron y no se levantaron jamás, hasta fundirse con las sábanas. Saben seleccionar las historias para mantenernos conectados a una esperanza que cada día amenaza con apagarse del todo. Como los cables y tubos que sostienen a Pablo, ellas nos suministran otro tipo de medicina. Y como los cables y tubos que sostienen a Pablo, su objetivo real no es curarnos, sino mantenernos un día más en pie». (pp. 106-107)



### LA FAMILIA Y LOS AMIGOS

Padres, hermanos y amigos forman una red de contención fuera del hospital. Mientras la familia cubre algunas horas de cuidados y llena con comida la nevera de la casa, los amigos son muchas veces una ventana hacia un mundo más allá de los hospitales, las quimioterapias y una enfermedad que no remite. Una copa de vino con ellos es para el escritor y su pareja la posibilidad de asomarse por un instante a una vida normal, su vida de antes, a la que no saben cómo regresar. La enfermedad los expone, sin embargo, a frases desafortunadas que niegan el sufrimiento o responsabilizan indirectamente al enfermo, y los lugares comunes de los otros desatan la rabia del escritor en más de una ocasión.

«Ya recuperarás ese viaje que se te jodió, me dice Santi, en apostilla intrascendente a mi charla sin sentido.

A mí no se me ha jodido un viaje, Santi, a mí se me ha jodido la vida, le respondo. Y enseguida me arrepiento de la solemnidad con la que ha caído esa frase, aunque sea cierta en toda su extensión. Santi está súbitamente serio. Quiere decirme algo pero no puede, como si tuviera alguna culpa, como si alguna palabra suya pudiera amortiguar un poco mi psicosis, ese miedo que me acompaña y al que no me termino de acostumbrar. Me acompaña de verdad, no en sentido figurado. El miedo es una presencia ajena a mí, pero que me sigue, que no está dentro de mí, sino a mi lado, delante, detrás, debajo y, a veces, encima. No quería ser lapidario, no quería estropear este vino ni la comida catalana moderna de este coqueto bistró que no está preparado para recibir a personas como yo. Yo quería ser leve y borracho, ingrátido y gentil, como pompa de jabón, y me descubro machadiano perdido, abúlico, con un poema en el bolsillo que suena a nota de suicidio y una gabardina manchada de ceniza y de otras miserias. No soy buen amigo de mis amigos. No me merezco a ese Santi que se esfuerza por mantener mi cerebro sano y alimentar la ilusión de que la vida se parecerá algún día a la que gozamos juntos no hace tanto tiempo». (p. 136)

## EXTRACTOS POR TEMAS

---

### CONTRA LAS METÁFORAS Y EL OLVIDO

«Cuando una leucemia provoca síntomas es siempre porque está en un estadio avanzado. No se puede detectar tempranamente. —Se calla, duda un momento si ampliar la información, y decide dármela—. Pablo tiene infiltrado el noventa y ocho por ciento de su médula. —Parece que se arrepiente de enunciar un dato tan concreto, y vuelve al guion pactado.

Se levantan. Aleteos de batas blancas y rumores textiles. Algunas nos tocan el brazo y murmuran que lo sienten mucho. Nos levantamos también. De nuevo, pura inercia. Sólo pienso, o me oigo pensar, como si leyera la mente de otro, que me gusta que se haya referido a Pablo como Pablo. No ha llamado niño al niño. Le respeta, le nombra, le reconoce un espacio y un tiempo. Lo sitúa en el

mundo de las cosas concretas, muy lejos de las sombras de la caverna. No es un paciente, no es un sujeto de estudio, no es un caso, ni siquiera es *vuestro hijo*. Es Pablo, con sus cinco letras, autónomo, único, presente y vivo. Van a cuidar bien de él, me oigo pensar, y rabio por intentar consolarme a mí mismo cuando ni siquiera sé cuánto me duele. Me enfado con esa mente que suena como la mía pero que escucho lejana y con eco». (pp. 21-22)

«Hay pensamiento mágico por todas partes. Dice Susan Sontag que la enfermedad está llena de metáforas, y que el mejor modo de permanecer sano en ella es ignorándolas o destruyéndolas. La metáfora es una forma de conocimiento. Su función literaria es decir más de lo que el lenguaje lineal y explícito es capaz de decir. La metáfora ahonda en realida-

des que el registro normal de un idioma no puede penetrar ni comprender. Pero hay un uso perverso de las metáforas que acaba ocultando la naturaleza de su objeto, cargándola de connotaciones impropias. El cáncer ha sido cubierto por un montón de capas metafóricas que hacen casi imposible su comprensión. No su comprensión médica, sino la social, la que afecta a quienes lo sufren y a quienes nos duele. Sontag escribió esto en 1978, cuando el cáncer era casi un tabú. Treinta años después, muchas de esas metáforas ya no tienen sentido, pero persisten demasiados lugares comunes y muchas ganas de esconder lo más feo de la enfermedad. Un discurso triunfalista que pocos médicos se atreven a matizar habla de la próxima curación del cáncer. Cada pequeño avance se presenta como una épica victoria en una guerra larga y cruenta cuyo triunfo final creemos que nos pertenece —la bélica es la más recurrente de las metáforas, casi una alegoría—. Aunque lo cierto es que llevamos más de un siglo anunciando una cura inminente que nunca llega». (pp. 31-32)

«Al principio, me negué. Nos negamos. No habría fotos de los días de hospital. Nadie vería los conductos naranjas por los que fluía la quimioterapia, ni la cabeza pelada y brillante de mi hijo dormida sobre una sábana estéril. Nadie, ni siquiera nosotros. Olvidaríamos aquellos momentos como merecían ser olvidados. Y así fue hasta una tarde en que llegué a la planta de onco, recién duchado después de una siesta que no había compensado la noche pasada en vela junto a la cuna. Cris tenía a Pablo en brazos, medio ador-

milado. Voy a traer la cámara, me dijo, con una convicción que no admitía réplica. Cuando sea mayor, querrá saber qué pasó, y se lo contaremos con fotos. Querrá ver estos momentos, insistió. ¿Qué argumento podía oponer? ¿Qué frase podría hacerla desistir? Busqué algo razonable que enunciar y no sólo no lo encontré, sino que me di cuenta de que yo también quería fotos de los días de lucha y rabia. Ese niño calvo, pálido y cansado, que empezaba a no parecerse al otro niño que miraba asustado el mar que rompía contra la costa de Sanremo, también era mi hijo, y negarme a hacerle fotos era negarle. Había poca diferencia entre eso y encerrarlo en un desván, avergonzados, rechazándolo ante el mundo» (p. 52)

«Los médicos y hasta los profesionales que echan una mano en lo que pueden (psicólogos, trabajadores sociales...) abusan del símil bélico. Las oncólogas se refieren a la quimioterapia como *artillería*, y explican el tratamiento y sus efectos diciendo que consiste en *matar moscas a cañonazos*. Los psicólogos animan a seguir en pie *en la lucha*, y los otros padres hablan de *resistencia*. No podrán con nosotros, clamamos, como habitantes de una ciudad sitiada por un enemigo fantasma.

Es raro que la metáfora tenga tanto éxito y se exprese en tantas situaciones distintas cuando no hay un enemigo real, cuando el enemigo no es un invasor externo, sino algo que crece en mi hijo, que es mi propio hijo [...] Al final, incluso yo desarrollo mi propia versión de la metáfora guerrera. Nadie se libra de ella.

Nos vence la autocompasión. Preferimos vernos como *rambos* que como misera enfermos (sí, es mi hijo el enfermo y no yo, pero aunque a mí no me duelan sus huesos, sí que me duele el alma que ignora y cuyos latigazos no siente). Cualquiera cosa con tal de negar la imagen que nos devuelve el espejo. Ese espectro despeinado y con ojeras no soy yo. Yo soy un atleta, yo soy un héroe, yo soy un luchador. Si caigo, será con la espada en la mano, no con un bote de antidepresivos y una caja de somníferos. Vamos, un poco más, que tú puedes, machote. Como si la victoria dependiera del valor o de la fuerza testicular. Como si la actitud fuera a cambiar en algo los resultados de los análisis». (pp. 76-77)

«Sin tirar la toalla, he escrito. Qué tópico. Me sorprende regurgitando una de esas frases hechas que tanto afeo a quienes asisten a mis talleres de escritura creativa. Aunque también les comento que nadie escapa a la contaminación de los lugares comunes. En parte, como disculpa anticipada para cuando los encuentren en mis textos. Pero mis lugares comunes no suelen darse por contagio externo, sino por un fallo interno. Son réplicas de mi pasado, obsesiones aletargadas que saltan en cualquier línea. La expresión tirar la toalla remite a una canción de Leño, “¡Que tire la toalla!”, que yo cantaba cuando apenas sabía hablar y que me ha acompañado desde entonces Leño, la música de Leño, los cuatro discos del grupo. Los llevo incorporados a la piel como la psoriasis que sufro, y los versos de sus canciones resbalan por mi prosa con mayor frecuencia de la que quisiera. A veces, los

cito —o los *sampleo*, que diría un posmoderno— a propósito, pero casi siempre se me escapan. Si los detecto en las correcciones, tiendo a dejarlos, aunque a veces los borre o los sustituya por una imagen mía o que creo de mi invención, sin sospechas de plagio. En esos casos, tacho con rabia, harto de sentir mi voz compuesta por otras voces más roncas y menos hondas que la mía». (p. 112)

---

### LA TERRA INCOGNITA

«Me despiertan unos pasos aturullados en el pasillo. Al principio los confundo con un sueño, pero enseguida me desvelo por completo. Me tapo con la sábana hasta la barbilla y me quedo muy quieto. Más pasos, carreras. Puertas que se abren, más carreras. Un llanto de mujer. Al principio, ahogado. Ingobernable, después. Más carreras. Deben de haber llamado a todos los médicos y enfermeras del hospital. Órdenes, palabras rápidas, frases de urgencia. Y, al fin, las ruedas de una cama o de una camilla. A toda velocidad. Cierro los ojos cuando pasan por delante de la puerta de la habitación. Desaparecen fuera de la planta, hacia la salida que da a los quirófanos, pero el llanto de mujer persiste. Lo acompaña la voz de una auxiliar que ya conozco. Dice: Venga, ya, tranquila, ya está, ya está, no te asustes, que ya está controlado. Pero la mujer no para de llorar. Se mete en su habitación y el llanto se atempera, aunque sigo oyéndolo durante un buen rato. No me muevo, no me atrevo a salir de la cama, ni siquiera puedo girar la cabeza para ver a Pablo, cuya bomba escucho a intervalos

regulares y pautados. Ya no puedo dormir. Tengo ganas de llorar, pero no quiero que me oiga esa madre. Pablo duerme incómodo, le oigo moverse, aunque no se despierta. La luz del sol ya se filtra por los agujeros de la persiana. La tregua ha terminado y ahora sé perfectamente dónde estoy y qué idioma se habla aquí». (p. 30)

«El verde significa que en esta planta funciona el odioso refranero y el remedio puede ser peor que la enfermedad.

Se trata de un régimen de aislamiento, y se le llama verde porque ése es el color de la ropa estéril que se usa en la habitación. Se imponen unas normas estrictas para evitar que entren bacterias y agentes infecciosos. Se limita la entrada del personal sanitario, que debe desinfectarse las manos, ponerse guantes, mascarilla, calzas quirúrgicas y una bata estéril antes de llegar a Pablo. Nosotros debemos dejar nuestra ropa de calle fuera y vestir pijama del hospital con mascarilla, lavarnos las manos constantemente y desinfectarlas con una solución química de uso quirúrgico muy abrasiva. Las visitas no están restringidas, sino directamente prohibidas, así como los besos y casi todos los juguetes. Pablo no puede salir de la habitación ni tocar, chupar o divertirse con ningún objeto que no haya sido debidamente desinfectado.

El verde impone una disciplina coereosa, mucho peor que la que hemos vivido hasta ahora, y aguantamos porque sabemos que hemos entrado en la parte del mapa dominada por los monstruos. Seres que nadie ha visto pero que devoran barcos y marineros bravos. Aumen-

tamos el rigor de la disciplina y cruzamos los dedos por que nuestro hijo no sufra una infección incurable. Por que el remedio no lo mate como ha matado a otros antes que a él. Pero en ese momento no lo pensamos. Hay demasiado trabajo, son demasiadas las cosas que exigen una atención completa como para consentir que el miedo se apodere de nosotros. Desinfectamos unos pocos juguetes y nos resignamos a no poder besarle y a vivir encerrados en una habitación. Los prisioneros sufren, pero están vivos y, mientras no los maten, incluso cuando están esperando en el corredor de la muerte, conservan la esperanza de volver a pisar la calle y de recuperar parte de lo que fue su vida en libertad». (pp. 55-56)

«Me siento, cómo no voy a sentarme. He de ceñirme al guion, no puedo ponerme a llorar de pie. Tengo que desplegar todo el repertorio dramático de gestos de desesperación. Taparme el rostro con las manos, golpear algo y rehuir la mirada de Cris fijándola en la ventana, pues así es como se pinta a quien ha perdido la esperanza, añorando un horizonte al que no se va a viajar nunca, que ya no promete ninguna aventura.

Ascen está de guardia, sigue diciendo. Si quieres, ha dicho que la llamemos y viene a hablar contigo, a responder todas las preguntas que quieras hacerle. Lloro, llora ahora, que yo ya he llorado bastante esta tarde. Lloro, Sergio, llora.

Y lloro, pero me reprimo. Con esfuerzo, me sorbo los mocos y me seco las lágrimas. Quiero saber. Quiero saberlo todo hasta la última palabra, hasta el último tecnicismo». (p. 82)

## SUSPENDIDO EN LA HORA VIOLETA

«Este libro es un diccionario de una sola entrada, la búsqueda de una palabra que no existe en mi idioma: la que nombra a los padres que han visto morir a sus hijos. Los hijos que se quedan sin padres son huérfanos, y los cónyuges que cierran los ojos del cadáver de su pareja son viudos. Pero los padres que firmamos los papeles de los funerales de nuestros hijos no tenemos nombre ni estado civil. Somos padres por siempre. Padres de un fantasma que no crece, que no se hace mayor, al que nunca vamos a recoger al colegio, que no conocerá jamás a una chica, que no irá a la universidad y no se marchará de casa. Un hijo que nunca nos dará un disgusto y a quien nunca tendremos que abroncar. Un hijo que jamás leerá los libros que le dedicamos.

Que nadie haya inventado una palabra para nombrarnos nos condena a vivir siempre en una hora violeta. Nuestros relojes no están parados, pero marcan la misma hora una y otra vez. Cuando parece que el segundero va a forzar a la manija horaria a saltar a la siguiente hora, ésta vuelve a la anterior. Vivimos atascados en ese *no-man's time*, en un pleonasma de nosotros mismos, y en él evocamos aquel relato fantástico e inverosímil, aquella tragedia barata llena de artificios de guionista zafio, que nos encerró aquí. Yo la evoco por escrito. Recuerdo este año de mi vida con la esperanza de fijar su relato y no convertirlo nunca en un lugar común». (p. 9)

«Muy avanzada la tarde, ahondaron en la vivencia del dolor y dijeron algo que anoté y subrayé para utilizarlo en el artículo: Estamos en el laberinto del dolor, y eso quiere decir que estamos solos. El dolor asusta a los demás, damos miedo. La gente se aleja, no te entiende, esperan que lo superes, que vuelvas a ser el de antes. Pero no puedes, y tampoco sabes explicarlo. No saben qué decirte, no saben qué hacer para que te sientas mejor, y acaban alejándose de ti. Terminamos solo en nuestro laberinto» (p. 64)

«Yo no podría quedarme en lo importante. ¿Qué mente resistiría un abrazo eterno con la mujer que quiere? ¿Qué cuerpo soportaría la tensión extrema constante, el dolor inalterble y plano, homogéneo e infinito, de un amor inabarcable e indomable? Es probable que alguien haya sido capaz alguna vez. Titanes ha habido con psiques indestructibles. Pero desearlo es propio de imbéciles. Esos poetas locos que persiguen la intensidad del dolor, inventándose su propia desdicha. Esos imberbes e insoportables que ansían librarse de lo urgente para atender a la importancia de su ombligo. Todos esos aburridos desconocen el poder de lo que invocan y, si se les presentara finalmente la trascendencia que tanto anhelan, no aguantarían ni un segundo. Huirían dejando una estela de humo, como en los dibujos animados. No saben que lo urgente nos libera. La vida nos previene de la propia vida. Por suerte, siempre hay demasiadas tareas por hacer. No es mejor la estética del trabajo. Simplemente, es la única soportable.



Lo urgente es también este libro. Con su escritura esquivo lo importante. Encaro la pena con palabras, y mientras resuelvo problemas de estilo, depuro el lenguaje y estructuro sus páginas, evito ser tragado por lo importante». (p. 129)

«Volver a la vida normal es algo que todavía no he aprendido a hacer y a lo que creo que me estoy resistiendo. Puedo construir una ficción que engañe a los espectadores despistados, pero en realidad vivo atrapado en la hora violeta. Desde antes de que muriera Pablo, desde que nos dijeron que se moría y que sólo nos quedaba acompañarlo hasta el final. Yo aún no he salido de esa espera. Me he quedado suspendido en ella.

En el poema de Eliot, la hora violeta es esa zona de la tarde en que los oficinistas están a punto de abandonar corriendo sus escritorios rumbo a la promesa de un beso, de un baile, de una cena, de una noche en que sus deseos se frustrarán de nuevo. Es ese temblor previo a la estampida, el instante en que nos quitamos la máscara con que nos presentamos ante el orden burgués y asumimos la máscara de carnaval, la que mejor nos sienta, la que merece la pena. La hora violeta es un taxi que espera en marcha en la parada, con el motor encendido. La hora violeta, en realidad, no existe más que como lugar de paso, como transición molesta y necesaria. Nadie vive en la hora violeta: la gente huye de ella hacia la vida real, hacia la vida normal. Yo tengo que aprender a escapar, pero no he encontrado la manera.

A decir verdad, tampoco me he esforzado demasiado». (pp. 189-190)

«Lo peor no es esta pena. Ni siquiera la convicción de que me acompañará toda la vida, sin rebajarse como se rebaja el bourbon que me gusta beber con dos cubitos de hielo. Lo peor es que no quiero que deje de dolerme nunca. Cultivaré esta pena, la cuidaré y la alimentaré como hice con mi hijo. Porque esta pena es él. Cuando empecé a escribir esta especie de dietario que más parece un historial médico de mis propios trastornos, el calor no me dejaba dormir. Era verano y en nuestra cama aún se apreciaba la silueta del cuerpo de Pablo. Todavía llevaba su cadáver pegado a la cara interna de mis párpados. Ahora, tantas páginas después, puedo cerrar los ojos sin miedo. He conseguido rescatar su sonrisa, sus rugidos y sus imitaciones de los osos, los peces y los caballos. He domesticado la pena, pero su intensidad es idéntica a la del día de su muerte. Simplemente, me he acostumbrado a ella. La pena y yo hemos firmado un acuerdo de convivencia. No la anularé con trucos de psicología barata y ella me dejará vivir. Aunque sea en una hora violeta eterna. Aunque a veces camine por la ciudad hablando con mi hijo muerto y contándole todas las historias que creo que le gustaría saber». (p. 194)

---

### CARTA DE UN PADRE A SU HIJO

«No acerté a decir nada más que: Hola, Pablo, soy papá. Burlando la vigilancia sanitaria, le tendí mi dedo y su instinto lo agarró con lo que me pareció que era mucha fuerza. Aunque es fisiológicamente imposible, porque los recién nacidos no miran, sentí que me miraba. Con

enfado, con rabia edípica, culpándome por haber terminado con esos meses de confort amniótico y envolverlo en aquellas telas que le irritaban sin aliviar el frío intenso del mundo. Segundos después, la puerta del ascensor se cerró y mi hijo se perdió en la por entonces incomprensible maraña de tripas del hospital. Con Pablo en algún lugar al que yo no sabía llegar y con Cris recuperándose de una complicación en un sitio al que no podía entrar, me quedé solo, dando vueltas por el pasillo, incapaz de detenerme. Nunca me había sentido tan solo ni había tenido tanto miedo. No he vuelto a sentir aquella soledad, pero casi añoro aquel miedo diminuto y razonable, aquel temor que ni siquiera era pánico ni terror. Un miedo manejable dibujado a escala de uno a un millón con respecto al miedo real que sentiría después.

Hoy leo como presagio lo que no fue más que un parto con algunas complicaciones relativamente fáciles de resolver. Hoy veo conexiones de causa y efecto donde sólo hay casualidades. Hoy busco sentidos donde sólo hay horas, minutos y segundos. Y, sin embargo, el miedo persistió. De algún modo, supo sortear aquellas horas y aquel pasillo de hospital y acompañarme las siguientes semanas y meses. Miedo a todo. Pero, especialmente, miedo al aire.

De madrugada, sin que su madre lo supiera, me inclinaba sobre la cuna del Pablo recién nacido. Fingiendo acariciarle, colocaba mi dedo índice bajo las aletas de su nariz y no lo retiraba hasta notaba su aliento en él. En la penumbra, que aprendía a distinguir los movimientos respiratorios de su brevísimo pecho

bajo las mantas, un oscilar inapreciable para cualquier otra mirada que no fuera la mía. Miopes y vagos para todo lo cotidiano, mis ojos se volvían rapaces para detectar signos de vida en mi diminuta y frágil criatura. Muertes súbitas, vómitos que asfixian, mantas que ahogan. Todos los objetos eran peligrosos. El excesivo frío y el excesivo calor, la excesiva suciedad o la excesiva limpieza. El mundo entero asediaba a mi hijo y yo tenía que fingir que no me importaba». (pp. 14-15)

«Hijo, ¿qué te duele, qué puedo hacer? En tu cuna respiras transpiras con los ojos abiertos, mirando algo que no está aquí, concentrado en tu dolor. Como un animal herido en el bosque, me digo. Casi puedo oler la alfombra de agujas de pino que hay bajo tu cara, y la fragancia de la resina, y escuchar el zumbido de las cigarras y ver los puntos de sol entre las ramas de los árboles. Y tú ahí, yaciente, como un jabalí alanceado que espera la llegada de los perros, ese impertinente galgo que te olisqueará para comprobar que sigues vivo. La cara contra las agujas de pino, el bosque borrándose en tu cuerpo. Animal herido, mi hijo. Animal herido, Pablo.

Herido y asustado de no entender. ¿Cómo puedo explicártelo? ¿Cómo puedo devolverte la mirada de niño, tu sonrisa, tu respiración dulce y serena? Mis dedos entre tu pelo largo, tu pelo rubio, tu pelo suave. Te peino y te despeino con mis manos finas que no conocen más oficio que el de escribir, y ansío que las yemas de mis dedos te calmen y te borren esos ojos de animal herido. Ciérralos al menos, mi vida. Descansa y duerme

un rato, no te empeñes en seguir mirando lo que no está aquí. Reposa, que yo mantendré alejados a los galgos. Ningún perro te olfateará. Nadie perturbará tu dolor». (p. 38)

«Pablo se duerme en mi regazo y yo me adormilo acariciando su hermosa y redonda cabeza. Se cree protegido, se siente seguro. Cachorro de puro instinto, amor primigenio, cariño sin desbatar. Y no sabe que mis brazos no pueden protegerle, que todos los brazos del mundo no bastan para defenderle de sí mismo, de su propio cuerpo precioso.

Hijo mío, ¿me perdonarás alguna vez? ¿Sabrás disculpar no pueda salvarte? No sé ni siquiera si soy digno de reclamar tu perdón. No sé si merezco tus besos. Sólo puedo acompañarte, aguantar tu mano en el dolor. Estás solo ante los monstruos, cariño mío. No sé ahuyentarlos, no sé evitar que te ha daño. Incluso se me niega el último gesto heroico de sacrificarme por ti, de gritarte que salgas corriendo mientras soy devorado por los bichos. No estoy programado para esto. Mi instinto de padre se rebela, pero no tiene contra quién rebelarse. Es una insurrección suicida, un grito contra mí mismo.

Tampoco sé rezar. Sólo me queda el abrazo, tu cara contra mi pecho, tu sueño sereno de niño ignorante, confiado en calor beatífico del cuerpo de tu padre». (p. 85)

«En el Somorrostro, me muevo descalzo por la arena enfriada y oscurecida por la sombra de los hoteles de diseño. Con Pablo en brazos, revivo el tacto de mi

infancia, los granos finísimos que resbalan entre los dedos. Fríos y domesticados, rotos de sol y huellas. Voy hacia la orilla, a enseñarle a mi hijo el mar, con la brisa de cara moviendo mi pelo y frunciendo su ceño. Qué guapo estás, hijo, con tus ojos en busca de un oca-so imposible que sucede más allá de tu nuca. Qué hermoso eres, agarrado a mi camisa, inquieto, en una súplica muda de protección ante la amenaza de un océano de juguete. Es el mar, cariño, le explico. Son las olas y el viento y todo lo que no puedes disfrutar. Es la vida que pensamos para ti y que no te podemos dar. Esto, mi niño, es lo que vamos a hacer cuando te cures. Te llevaré a la playa donde fui chaval para que lo seas tú también. Un chavalote sin cables ni pijamas de hospital. Y nos meteremos en el mar juntos, para que no tengas miedo, para que sólo te rías y salpiques y chapotees. Y saludaremos a mamá, que nos hará fotos desde la orilla. Como hoy, como esa foto que nos está haciendo ahora mismo mientras mi niñez se funde en la tuya, en un trasplante de entusiasmo que nos tiene que fortalecer a los tres. De niño, yo conocía el secreto de la arena fría amansada por la sombra. Hoy, en esta Barcelona que tan alegremente ignora nuestro sufrimiento y que ríe altiva e indiferente, tal y como nosotros queríamos, comparto ese secreto contigo. Tú y yo sabemos volveremos a jugar a la arena en sombra. Papá te enseñará a disfrutar de los atardeceres que no se ven. Antes, habrá que pelear. Nos lo vamos a tener que ganar. Pero, cuando lo hagamos, nuestro derecho al placer será inapelable». (p. 121)

«Si Pablo fuera mi personaje, no habría muerto. Viviría para siempre en una habitación de hotel, como el astronauta de Kubrick. En Júpiter, o más allá del infinito. O en las páginas de un libro que su padre escribiría sin responder nunca a la pregunta de por qué lo escribe. Si Pablo fuera mi personaje, montaría en un avión con Cris y conmigo y volaría a Saskatoon. Y le instalaríamos en una habitación muy grande llena de juguetes de Imaginarium comprados en un aeropuerto y decorada con dibujos de Álvaro Ortiz y de Agnes Daroca con fotos de Pedro Hernández. En una casa de dos plantas y tejado a dos aguas, acorazada por radiadores de dos metros de altura. Pasaríamos el invierno calientes y contándonos cuentos de cuando Pablo rugía a las enfermeras, y por la noche después de acostarle, yo me iría a dar una vuelta en coche por las calles de Saskatoon. Y puede que me encontrara con unas chicas rockabilles bebiendo cerveza en el porche trasero de la casa de un vecino. Si yo pudiera inventarme esta historia, comeríamos tantas perdices que nos saldrían picos y alas. Y no habría nadie en todo Saskatoon, ni en todo Canadá, ni en todo el hemisferio norte, que se riera tan alto y con tanta alegría como mi hijo.

Pero esta historia la han escrito otros por mí. Yo sólo la estoy llorando». (p. 169)

«Hemos arreglado casi todas las cosas que se habrían roto durante la enfermedad. La nevera y el lavavajillas son nuevos, hay nuevas bombillas y hasta un nuevo sillón. Seguimos sin arreglar la persiana. Creo que nos gusta más como está. Esta casa, que tanto se quejó con ruido mecánico al morir Pablo, que a veces parecía que iba a morirse con él, se ha renovado y aguanta, conteniendo orgullosa todos sus recuerdos. El Vaquero Gay vigila la habitación, como tantas otras noches veló a su amigo calvo en la agonía química de la citarabina. Quiero creer que mi Cuque genial, mi Cuque cojonudo, sigue reinando en su casa. Pero no te encuentro, hijo. Hemos curado la casa, pero no pudimos arreglarte a ti. Te nos rompiste, mi amor, y no sé cómo decirte lo siento.

Y ahora ni siquiera te voy a encontrar aquí, en la punta de mis dedos, mientras tecleo este libro que no quiero dejar de escribir, pero al que tengo que poner punto y final. No sé qué haré sin estas páginas. Tras esta hora violeta no me espera ningún baile. No quiero ir a ningún lugar en el que no estés tú. Mi pena hace las veces de tu cuerpo. Mi pena te invoca y te reconoce.

Yo soy mi pena y mi pena eres tú». (p. 195)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La hora violeta* es un libro que surge de una experiencia, la muerte de un hijo, pero, ante todo, de la ausencia de una palabra que nombre esa pérdida. En la primera página, Sergio del Molino define a su libro como un diccionario de una sola entrada y, a partir de allí, la escritura se convierte en un ejercicio de nombrar aquello que nuestro léxico niega o reviste de metáforas. ¿Cuál es la reflexión que se abre en el libro acerca del lenguaje? ¿Por qué es tan necesario tener palabras para nombrar lo que ha sucedido?
2. Evitar recurrir a los eufemismos y los lugares comunes para hablar de la enfermedad es uno de los principios que rige la escritura de *La hora violeta*. En este sentido, el escritor insiste también en llamar a su hijo por su nombre y agradece que también los hagan los profesionales que lo tratan. ¿Cuál es el sentido del gesto de llamar al hijo por el nombre de Pablo? ¿Qué representa el nombre propio?
3. Desde una experiencia personal, *La hora violeta* retoma algunos de los hilos que Susan Sontag explora en *La enfermedad y sus metáforas*, uno de los ensayos más importantes acerca de los modos de narrar la enfermedad y, en concreto, el cáncer. Siguiendo la reflexión de Del Molino y la de Sontag, ¿por qué pensáis que necesitamos recurrir a las metáforas, en lugar de un lenguaje más directo, para hablar de la enfermedad? ¿Y cuáles son los riesgos del uso de las metáforas?
4. Siguiendo el hilo de la pregunta anterior, ¿qué le sucede al escritor? ¿Su escritura está libre de metáforas o termina cediendo espacio a esta figura retórica?
5. En el libro, Sergio del Molino relata la entrevista que debe realizar a los padres de una víctima del 11-M. Visto desde la perspectiva de la muerte de su hijo, este episodio de su carrera como periodista adquiere nuevos sentidos. ¿Por qué incluye esta historia en su relato? A partir del diálogo

con estos padres, ¿cuál es la reflexión que se hace a propósito del dolor y los modos y razones de hacer pública la intimidad?

6. Al comienzo de la enfermedad, tanto él como Cris deciden no fotografiar ni filmar a Pablo en el hospital. Sin embargo, en un determinado momento se produce un giro casi involuntario y empiezan a registrar los días de Pablo en el ala de oncopediatria. ¿A qué se debe este cambio de parecer? ¿Hay alguna relación entre filmar a Pablo enfermo y aceptar su diagnóstico?
7. *La hora violeta* está narrada desde la experiencia de un padre que acompaña a su hijo durante un año de enfermedad que desemboca en la muerte y un duelo largo y penoso. En este relato, ¿cuál es el lugar que ocupa la madre? ¿Cómo es la voz de Cris a lo largo de la historia? ¿Por qué pensáis que el escritor incluye al final un texto escrito por ella?
8. Evocando a Pablo, el narrador se retrotrae a un primer recuerdo: su hijo recién nacido a punto de ingresar en la UCI para una revisión tras un parto con algunas complicaciones. En ese instante en el que el padre se encuentra con su hijo e imagina un primer cruce de miradas de reconocimiento, asoma paradójicamente una mezcla de soledad y miedo. ¿Paternidad y miedo van de la mano? ¿Cuáles son las otras emociones que se asocian a la paternidad en el libro? ¿Qué sucede con la culpa?
9. Teniendo en cuenta tanto al narrador como a otras figuras paternas que aparecen en el libro en un segundo plano, ¿el espacio que tienen los padres en nuestra sociedad para expresar emociones como, por ejemplo, el temor y el dolor, es equivalente al de las madres? ¿Cómo se representa la paternidad en *La hora violeta*? ¿El retrato de un padre que nos ofrece Sergio del Molino os ha hecho pensar en otras obras literarias protagonizadas por figuras paternas?
10. Durante buena parte de la leucemia, Pablo y sus padres se ven forzados a vivir reclusos en el hospital. Allí el afuera se desdibuja y el tiempo pa-

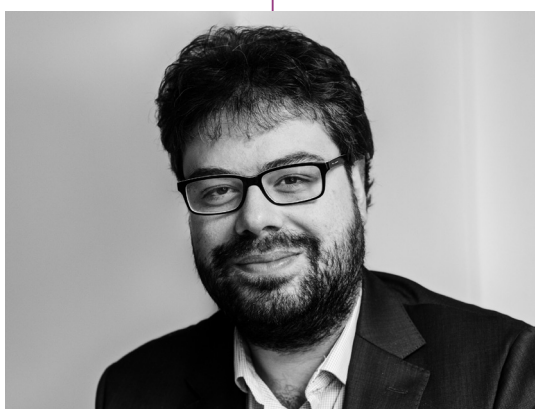


rece regirse por medidas que no son las de la vida corriente. ¿Cómo es la percepción que se tiene del paso del tiempo desde que le diagnostican la leucemia a Pablo? ¿Qué lugar ocupa el pasado? ¿Y el futuro?

11. Citando una frase de origen incierto, Del Molino habla de cómo lo urgente quita tiempo a lo importante. Entre la intensidad de lo importante y la demanda inmediata de lo urgente, él se decanta por la segunda opción. ¿Estáis de acuerdo con esta distinción entre lo urgente y lo importante? ¿Cómo influye la vivencia de la enfermedad del hijo en su apreciación de estas dos dimensiones aparentemente excluyentes?
12. Sergio del Molino narra la leucemia de Pablo desde los datos clínicos pero, ante todo, desde la intimidad de la enfermedad y el dolor que acarrea. ¿Cómo es esa intimidad? ¿Cómo se construye lo íntimo cuando se vive expuesto a la mirada de las enfermeras y el hogar pasa a ser una habitación de hospital?
13. A lo largo del año que dura la enfermedad, Pablo y sus padres son atendidos por diversas médicas y enfermeras. A partir de la experiencia vivida en los centros hospitalarios, ¿cuál es la importancia que cobra el factor humano a la hora de tratar enfermedades complejas como la leucemia? ¿Qué papel juegan en la enfermedad las redes de apoyo que se traman entre personal sanitario, médicos, familia y amigos? En la década que ha pasado entre la primera publicación del libro y el presente, ¿pensáis que ha habido cambios en el sistema sanitario respecto a cómo se trata al paciente y su entorno familiar?
14. Observando a los profesionales que tratan a Pablo, a los familiares y amigos que se acercan a él y sus padres, y a los desconocidos que en algún momento interactúan con ellos en el hospital, ¿qué maneras tenemos de acercarnos a los enfermos? ¿Por qué el escritor reacciona, en más de una ocasión, con enfado o incluso ira frente a algunos comentarios o actitudes? ¿Su reacción es desmedida?

15. Tanto a través del uso de metáforas y eufemismos a la hora de referirse a la leucemia como del trato que recibe muchas veces el paciente, el libro evidencia cierta incapacidad colectiva para afrontar la enfermedad y todo lo que esta experiencia significa. La enfermedad en nuestra sociedad, ¿es un tabú? ¿A qué atribuíis la dificultad para hablar o mirar directamente la enfermedad? ¿Y qué consecuencias supone hacer de ella un tabú?
16. *La hora violeta* es una obra escrita a partir de la muerte de un hijo. En ella se narra el momento del diagnóstico, los síntomas y tratamientos, las idas y venidas de la enfermedad y el tiempo del duelo, pero la muerte misma es un episodio borrado, una elipsis llamativa en medio de un relato que busca dar cuenta de un largo proceso. ¿Por qué el escritor omite narrar la muerte de Pablo? ¿Cuál es el efecto que tiene esta elipsis?
17. Publicada por primera vez hace diez años, *La hora violeta* es considerada por muchos un ejemplo de la literatura del duelo, junto a obras escritas por Francisco Umbral y Joan Didion, entre otros escritores. En el epílogo que cierra esta nueva edición, sin embargo, Sergio del Molino pone en duda que la literatura del duelo exista más allá de una etiqueta creada por la crítica. En vuestra opinión, ¿existe la literatura del duelo? ¿Por qué el escritor se opone a esta etiqueta?
18. Enfermedad y duelo forman parte de un proceso íntimo que a través de la escritura se expone a la mirada de los otros. ¿Por qué se narra el duelo? Si habéis leído otras obras de la denominada literatura de duelo, ¿qué tiene en común con ellas *La hora violeta* o cuál es la singularidad que la distingue?
19. En el epílogo, Sergio del Molino dice que *La hora violeta*, pese a no estar considerado su libro más influyente, ha propiciado cambios sociales. ¿Cuál es la importancia que ha tenido para vosotros la lectura de este testimonio sobre la leucemia y la muerte de un hijo?

## EL AUTOR



**SERGIO DEL MOLINO** (Madrid, 1979) es autor de dos ensayos narrativos cruciales sobre la despoblación y «la idea de país»: *La España vacía* (2016; Alfaguara, 2022), con el que ganó el premio al mejor ensayo del Gremio de Libreros y el Premio Cálamo, además de entrar en las listas de «mejores del año» de toda la prensa cultural; y *Contra la España vacía* (Alfaguara, 2021). Su ensayo *Lugares fuera de sitio* (2018), a su vez, ha sido galardonado con Premio Espasa. Además, es autor de novelas como *Lo que a nadie le importa* (2014) y *La mirada de los peces* (2017), del breve ensayo

biográfico *Calomarde. El hijo bastardo de las luces* (2020), de una autobiografía novelada sobre su relación con la enfermedad, *La piel* (Alfaguara, 2020), y *Un tal González* (Alfaguara, 2022). Es columnista del diario *El País* y colaborador de Onda Cero Radio, entre otros medios. Sus obras han aparecido en inglés, italiano, francés, griego, alemán y chino, y en más de quince países. Publicada por primera vez en 2013, *La hora violeta* es una de sus obras más importantes, merecedora de los premios Ojo Crítico y Tigre Juan y traducida a diversas lenguas.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Una estructura original y lograda y una voz narrativa depurada y de marcada personalidad que trasciende el testimonio y el duelo para situar al lector ante los claros oscuros de la condición humana enfrentada al dolor, la enfermedad y la muerte». Jurado del Premio Ojo Crítico

«Sergio del Molino mira donde nadie mira y por eso ve lo que nadie ve. Y lo cuenta con trazo de escritor grande». Iñaki Gabilondo

«Libros como *La hora violeta* ponen contra las cuerdas a la crítica y muestran su debilidad a la hora de dar cuenta de la verdad de lo humano». Miguel Ángel Hernández, *Revista Otra parte*

«Un libro hermoso, amargo y esencial». Sarah Crown, *Times Literary Supplement*  
«En el caso de Del Molino la escritura siempre es un trampolín sobre la anécdota para alcanzar a trascenderla». Elena Hevia, *El Periódico*

«Una profunda —a veces brutal, siempre necesaria— reflexión sobre qué significa ser padres».

*La Stampa*

«Sergio del Molino ha convertido el sufrimiento en un texto de altura que pone en tela de juicio todos los tópicos y metáforas que solemos manejar a la hora de hablar del cáncer, pero no que presenta ninguno de los síntomas de esa otra enfermedad que tantos estragos está causando en la literatura contemporánea: la sensiblería. El autor pone el corazón sobre la mesa desde el primer momento, siendo tierno cuando las circunstancias lo requieren y descarnado cuando la situación lo exige, e impactando en el alma del lector gracias, única y exclusivamente, a la franqueza que destilan sus palabras.»

Álvaro Colomer, *Micro-revista*

«La literatura del dolor se enriquece notablemente a partir de este libro.»

Ricardo Senabre, *El Mundo*

